



Mito y realidad del Puerto del Arrecife

Félix Hormiga

El antiguo Elguinaguaria gozaba de una belleza apetecible para el asentamiento y para la visita. Una diversidad de entrantes y rincones náuticos lo hacían agradable a la vista y a la curiosidad. El Puerto del Arrecife, gracias al ciclo de la marea, tenía dos rostros, el de la pleamar con sus posibilidades de entradas hasta casi tocar el firme y el de la bajamar, un laberinto de cristalinas aguas destellando bajo el sol y haciendo refucilar la plata viva de la ingente cantidad de peces. Islotes, isleos, rocas, amarillas y negras ensenadas y tierra bermeja poblada de vegetación del salitre, iban dando testimonio de cómo sería la tierra interior.

Circundada por la corriente dinámica del jable que toca los caseríos de Argana de Arriba y Argana de Abajo y por erosionadas montañas, Elguinaguaria dormitaba un sueño placentero arrullado por el ir y venir de las olas y por los alisios. Casi los únicos registros sonoros de la Isla, si descartamos, no por carecer de importancia sino por todo lo contrario, la voz intermitente de los volcanes que dieron origen y forma a los terrenos canarios, conformando su relieve, la naturaleza de sus campos y la idiosincrasia de sus gentes.

Territorio sobre el mar, cabalgando sobre un amplio piélago que ha sido testigo del paso de civilizaciones, Lanzarote, igual que el resto de las Canarias, se acomoda entre siglos y entre avatares que lo llevan a participar de los comportamientos sociales, culturales e investigativos, desde lo más remoto de la historia hasta nuestros

En Arrecife las salinas llegan a tener tanto protagonismo territorial que casi podría decirse que el mismo era un municipio líquido

En 1951, la flota lanzaroteña, en sus diversas categorías, tonelajes y esloras, alcanza una cifra cercana a las trescientas embarcaciones

días. Y juega Arrecife un papel de relevante importancia en todo el proceso, pues ha sido a partir de su creación como espacio administrativo y con una cierta autonomía, allá por 1779, desde donde se relanza la idea de progreso y desarrollo, pues la entrada del incipiente puerto en el tablero de juego insular va a suponer el inicio de la modernidad. Las fuerzas y las inquietudes de los pobladores del Puerto del Arrecife inaugurarán nuevos modelos de comercio y comunicación que, con el paso del tiempo, aprovechará cada uno de los estatus y oportunidades económicas que se van dando cita en la región. Para los viejos modelos bastaba poseer la tierra y el poder sobre quienes la trabajaban, pura estrategia de señores, militares y eclesiásticos. El nuevo modelo iba a pivotar sobre la importancia de la comunicación, el puerto y todos los supuestos del comercio. De esta forma Arrecife aprovecha las plusvalías de las exportaciones agrícolas y la presencia en la pequeña urbe de una importante cantidad de extranjeros dedicados al comercio. Y poco a poco va trocando ganancias y dedicándolas a lo que sería una de las fuentes más estables de la riqueza: la flota pesquera, que llega a convertirse en la más numerosa e importante del Archipiélago. La flota requiere de todo un entramado de talleres de reparación, carpinterías de ribera, fundidores, herreros, ferreteros, veleros, toneleros, comercios de avituallamiento y una amplia industria salinera. En Arrecife las salinas llegan a tener tanto protagonismo territorial que casi podría decirse que el mismo era un municipio líquido. Las salinas ocupaban casi todo el frente litoral y también se adentraban en las tierras de interior, póngase por caso las que existían en La Vega, por la calle Triana, las que prácticamente fronteraban con el cuartel y las que vecinaban con la factoría Afersa, hoy Garavilla.

Los años cincuenta de este siglo van a ser testigos de un crecimiento de la riqueza de la Isla a partir de una mejor adecuación de la flota y el descubrimiento de nuevos enclaves pesqueros, como fue el caso del pesquero de corvina denominado “Corea”, en aguas de Arguin al norte de Mauritania, un espacio marítimo de poco fondo y gran cantidad de alimentación para los peces. Esta zona va a posibilitar un salto cuantitativo importante en las capturas, de las que se beneficiaría toda la flota y las factorías, especialmente las francesas enclavadas en Port-Etienne, actual Noaudhibou que, gracias a su banco pesquero, se convierte en la capital económica de Mauritania. En 1951, la flota lanzaroteña, en sus diversas categorías, tonelajes y esloras, alcanza una cifra cercana a las trescientas embarcaciones y emplea directamente a una buena cantidad de pescadores. Cada uno de estos puestos de trabajo se multiplica por

cinco en las industrias derivadas y vinculadas a la pesca (salinas, factorías, talleres, etc.). Es una época en la que Arrecife se dota de una sonoridad singular, aquí y allá se puede escuchar el incesante tráfico de la actividad. El ajetreo de las acciones de talleres y los transportes dota al Puerto de una banda sonora que manifiesta los síntomas de una buena economía. Se escuchan las sirenas de las factorías y una riada de gente ocupa las calles. La flota alcanza una excelente categoría y los marineros son los guerreros que traen la comida al poblado. Las radas del litoral son improvisados astilleros y en cada una de ellas funciona, a modo de parvulario, el espacio de los juegos en los que los chiquillos aprenderán su oficio futuro.

Esta bonanza económica empuja hacia una mayor actividad a los comercios y a la administración. Los dineros van a permitir, además, que una importante cantidad de familias vayan designando nuevos destinos a sus hijos. Ahora la escuela y la formación empiezan a ser importantes y las esperanzas de huir de la angustia por medio de los hijos hacen que muchos pescadores deseen para sus vástagos otras profesiones menos sacrificadas, más pegadas a la tierra y a la casa. Casi se podría decir que manejaban una información premonitoria acerca de los cambios y lo precedero de la actividad en el banco canario-africano. A la creación de los nuevos puestos de trabajo iba a ayudar el crecimiento del comercio, de la actividad bancaria y las ampliaciones de plantilla de la administración pública, así como la presencia *in crescendo* de la actividad hotelera.

Al inicio de los años sesenta la realidad turística se va imponiendo. Es tanta la fe que se tiene en este sector que logra derivar dineros de la pesca hacia esta actividad. Todo ello, evidentemente, en detrimento de la adecuación y modernización de la flota artesanal que, con el paso del tiempo, va a tener una presencia práctica y realmente testimonial.

La época milagrosa de Arrecife es el resultado de su adecuación para los nuevos tiempos. Los dos factores importantes son el agua y la mayor tranquilidad económica europea. Este último va a favorecer el inicio de los grandes traslados turísticos, lo que se ha dado en llamar turismo de masas. El Norte, ya suavizadas las huellas de los conflictos bélicos y recuperada su economía, se dispone a tomarse su tiempo de descanso en climas más benignos y en lugares donde su dinero tenga una buena capacidad adquisitiva. Arrecife, pese a no ser el municipio donde se asientan las instalaciones hoteleras importantes vería reforzada su capacidad adminis-

El Norte se dispone a tomarse su tiempo de descanso en climas más benignos y en lugares donde su dinero tenga una buena capacidad adquisitiva

trativa y comercial y aportaría la mayor parte de la mano de obra. Hay que tener en cuenta que con anterioridad a este proceso Arrecife había recibido a un número importante de pobladores de los espacios rurales y que sus barrios de autoconstrucción eran el resultado de esta inmigración que sucumbió a los atractivos de futuro que les ofrecía la actividad económica en la capital. El norte de la Isla se asentó en Arrecife dando forma a Altavista, gente del sudoeste ocupó territorio en La Vega, marineros de distintos lugares habitaron Valterra, la costa de los Charcos dio vecinos a Los Alonso, el centro comenzó a edificar San Francisco Javier, y así fue surgiendo la red periférica de Arrecife. Toda esta población, tras la caída de las factorías y la disminución de la actividad pesquera iba a conformar el primer contingente de trabajadores en las nuevas instalaciones turísticas. Las empresas transportistas que hacían los acarretos de hielo y sal para la flota comenzaron a cargar materiales de construcción, bloques, hierro, cemento, rofe, arena, jable, agua, etc. La carretera hacia el suroeste, donde se instalarían las primeras bases del turismo en Lanzarote, comenzaría a ser la más frecuentada por el parque móvil insular y pronto se manifestarían físicamente los resultados de toda la fiebre edificadora. Está de más decir que tal actividad era motivo de orgullo para los insulares. Se decía que no íbamos a caer en los errores de masificación de otros lugares canarios, pero ya se sabe: “por la boca muere el pez”. El poder económico no entiende de reservas ni de fondos para el futuro, todo cuanto puede traducirse en dinero hay que traducirlo, semejando al proverbio africano que dice que “todo cuanto camina sobre la tierra puede ser cazado”.

Se decía que no íbamos a caer en los errores de masificación de otros lugares canarios, pero ya se sabe: ‘por la boca muere el pez’

Arrecife, denominado el *patito feo* de Lanzarote, va perdiendo protagonismo a todos los niveles, ya que la mayoría del resto de los municipios de la Isla, al ser el destino del turismo, en breve tiempo ven engrosar sus erarios sin que, por otro lado, tengan que aguantar el peso de toda la administración del Estado que provoca colapsos viarios y hacen complicada la convivencia ciudadana. Además, todas las instalaciones nodrizas se radican en las afueras de la capital, que sin un plan claro ni tiempo para establecer los criterios, se ve de golpe con todas sus entradas convertidas en zonas industriales, ayudando al afeamiento del municipio.

Desde el principio de la historia, Arrecife, por su situación territorial, las características orográficas y la cercanía con Tegüise, antigua y primera capital de la Isla, iba a estar destinada a una utilidad que la iría dotando de determinadas infraestructuras, especialmen-

te las portuarias, que más tarde serían empleadas para abordar autónomamente el futuro.

Las primeras referencias del uso del Arrecife se remiten al momento en que tiene lugar la presencia de Jean Bethencourt en la historia de la Isla. Se trata de la noticia que nos informa que Jean de Bethencourt remitió desde Sevilla *una fragata con víveres y gente de socorro, que llegó a Rubicón la víspera de Pentecostés de 1402; cuyo buque habiendo salido para España algunos meses después, lo efectuó del Puerto del Arrecife*. Otras noticias se tienen de la temprana utilización y uso del Arrecife, sin embargo, ninguna de ellas ratifica el establecimiento o asentamiento de población.

No cabe duda de que el asentamiento de Arrecife se opera al unísono que el adecuamiento de sus posibilidades portuarias y que, como éstas, sufre las ralentizaciones pertinentes. Póngase como ejemplo que cuando el puerto de Arrecife y Naos son declarados puertos de refugio, los únicos con los que se dotó a la provincia, gracias al Real Decreto de 15 de diciembre de 1852, tendría que pasar algún tiempo para que las zonas se dotaran de las infraestructuras necesarias para dar cobijo a las embarcaciones. Sin embargo, es totalmente veraz la dependencia del crecimiento de Arrecife, como pueblo, de los logros de los recintos navales. De tal modo parece válida la afirmación de Agustín de la Hoz cuando dice que Arrecife nace primero puerto y luego ciudad, aunque los dos conceptos se funden en uno solo, ya que no se conoce nacimiento, desarrollo y crecimiento de ninguna población sin que éstos no estén condicionados por alguna presencia de poder, ya sea económica, político-administrativa o clerical. Teguise obtuvo su crecimiento a partir de la presencia de los distintos poderes en su urbe que convocaban al asentamiento, y como alcaldía única (antiguo Cabildo) manejaba las ganancias de la fuerza del trabajo en toda la Isla. Está claro que nadie en su sano juicio se *avecina* en un lugar que carece de perspectivas, el mismo Camelot es resultado de la conjunción de poder de los señores y sus tierras, simbolizado por *excalibur* que, mágica o no, es una espada, por tanto la representación del poder de las armas.

El año en que los puertos del Arrecife reciben el tratamiento de refugio es el mismo en el que se logra en Canarias la división en distritos, con capitales en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas de Gran Canaria. Evento que fue celebrado en las Islas Orientales con gran fiesta. Los lanzaroteños fletaron una embarcación que profusamente adornada entró en el puerto de Las Palmas y fueron

No cabe duda de que el asentamiento de Arrecife se opera al unísono que el adecuamiento de sus posibilidades portuarias

recibidos con gran alegría para luego asistir a una gran celebración en el Gabinete Literario, lugar donde iba a confluír la gente de los distintos lugares de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote. Es el mismo año en que el censo arroja una cifra para Arrecife por arriba del 73% de analfabetos y que demuestra que los destinos de esta ciudad estaban siendo diseñados, desde sus inicios, con la primera pedanía en 1799, prácticamente por un grupo familiar y afectivo que a lo largo de la historia fue acaparando los empleos públicos. Caso de Lorenzo Cabrera, descendientes y afines.

Las secuelas de la afinidad con Tenerife, marcadas en Arrecife por los tinerfeños en el poder, modelarían los gustos por la isla picuda y los disgustos por la isla redonda

La procuración de determinados logros por parte de Arrecife, especialmente los derivados del traslado desde Teguiise del Juzgado de 1ª instancia y de algunas representaciones militares, iban a crear una fisura que determinaría la prograncanariedad de Teguiise y la protinerfeñidad de Arrecife, justificada (entre comillas) esta última por la presencia de propietarios y comerciantes tinerfeños en el puerto que, además, accedían al poder con gran rapidez, pues muchos de ellos apenas con tres años de residencia ya ostentaban empleos públicos. Si algo justifica esta situación es lo competente de estos propietarios y sus claros objetivos e intereses, frente a un absentismo marcado probablemente por el analfabetismo, los complejos derivados de éste y la convulsión que es propia de los nuevos asentamientos, por no nombrar determinados intereses entre familias que preferían la abstención al enfrentamiento. El caso es que en Arrecife un pro-tinerfeño lograba en muy poco tiempo empleo público y un pro-grancanario como mínimo necesitaba una década para ser deseado por los electores. De ahí que la división de la Provincia en distritos supusiera para las facciones pro-Gran Canaria motivo de gran alegría y celebración.

Las secuelas de la afinidad con Tenerife, marcadas en Arrecife por los tinerfeños en el poder, modelarían los gustos por la *isla picuda* y los disgustos por la *isla redonda*, hasta hace bien poco. Siempre se ha dicho que se es más afín a quien no te provoca represión o indiferencia que al otro que, por lejano, no actúa de este modo en tu destino, pero no es el caso de Arrecife respecto a las relaciones con Gran Canaria y Tenerife, pues no hay que olvidar que desde los intereses de Tenerife se coartó descaradamente el desarrollo de nuestra Isla; póngase por ejemplo las cuestiones portuarias y las de pesca y los intereses de los armadores tinerfeños por subyugar y evitar el despegue de la incipiente economía arrecifeña derivada de los mismos conceptos. Así que, tanto de Las Palmas de Gran Canaria más recientemente como de Santa Cruz de Tenerife con

anterioridad, siempre ha sufrido un cierto abandono, cercano, perdonen que use la palabra, al desprecio, no ya sólo Arrecife, sino globalmente Lanzarote. Hasta hace muy poco se podían medir las preferencias de los arrecifeños por Tenerife respecto a Gran Canaria, afortunadamente en la actualidad ha dejado de existir de manera manifiesta esta actitud y se puede contemplar una aceptación más equilibrada. Evidentemente este tipo de comportamiento anterior ha sido el resultado de una presencia de poder e influencia que ha sobrepasado la capacidad de percepción de la realidad de la población en general, en detrimento del *apaisajamiento* cultural y social de la globalidad canaria, o sea la percepción de la realidad archipelágica y sus distintos componentes territoriales, económicos y socioculturales.

Una de las pruebas del abandono de la periferia por parte de las Islas principales es la creación de las Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura que, a iniciativa de la isla mayorera, se instauran en 1984. A lo largo de la historia de estas jornadas, que ya llevan celebrada la edición novena, se ha podido constatar la necesidad de investigar y ahondar sobre la documentación de estas dos islas que hasta ese momento no requerían el interés de un número significativo de investigadores. Y, lo que es más importante, las jornadas han venido a demostrar que sin los conocimientos sobre una parcela de Canarias no puede enarbolarse ningún tipo de conocimiento global. Así y todo, todavía subyacen comportamientos investigativos que condicionan el estudio del cuerpo general de Canarias, póngase por ejemplo las ediciones enciclopédicas, antologías y obras generales sobre Canarias que nacen mermadas de información y representación de las islas periféricas y sus procesos naturales, económicos, geográficos, históricos, sociales, culturales, creativos, etc. La realidad territorial canaria se proyecta también fraccionada en los medios de comunicación impresos, pudiéndose observar cómo la información o noticia apenas conserva los parámetros de importancia al compartimentarse por localidades y no por su naturaleza o contenido.

Regresando al origen de la realidad arrecifeña hay que volver a decir que nace como futuro al concebirse como perspectiva económica. Que el resultado de su puesta en escena es la creencia de estar participando en un nuevo modelo económico, ya obsoleto el de Teguiise, pero todavía con la capacidad de apadrinar al nuevo vástago, pues no hay que olvidar que quien ocupa la primera alcaldía pedánea es hijo del alcalde mayor de la Isla. Lo que está ocurrien-

Los últimos años han arrojado en manos de la ciudadanía establecer opiniones y criterios acerca de la intervención en el territorio

do, en definitiva, es la premonición por parte de una familia acerca de las interesantes posibilidades que puede ofrecer la zona portuaria. Y, efectivamente, se la reparten. Padres e hijos, primos, yernos, cuñados, con cuñados, forman un núcleo de poder y reparto del empleo público que va turnándose en los diferentes cargos. Así quien fue alcalde un año, luego será síndico o fiel de fechos, para volver luego a ser alcalde. Los clanes se afianzan y juegan sus cartas a tenor de sus más cerrados intereses. El comportamiento de control de los empleos públicos por determinadas familias se mantiene hasta hace muy poco tiempo, véase la correlación de apellidos implicados en las tribunas de decisión. Sólo en los últimos años se ha venido efectuando un flujo de entrada a estos puestos por descendientes de asalariados. Estimándose que, en breve, las oportunidades de participar en la vida pública y en el empleo, a través de la política y de la contratación son una realidad que dirá más de la democracia que cualquier carta magna. Al Puerto del Arrecife este proceso le ha costado tanto tiempo como el que tiene de vida. Por ende, a partir de esta norma de naturalidad y de desarrollo de los empleos y representación electoral por capacidades y formación, Arrecife tendrá la oportunidad de ser parte de todos y cada uno de los ciudadanos y no un predio familiar condenado a ser sólo protegido, arropado y defendido por los dueños, pues ¿qué provecho tiene para los demás?

No se establecen los criterios con una sola medida, con un solo pensamiento o idea, la ciudad no es la privada interpretación de un edil o un técnico

La oportunidad planteada hoy mismo sobre la mesa es de una valía sin igual a lo largo de la historia de este puerto. Los últimos años han arrojado en manos de la ciudadanía establecer opiniones y criterios acerca de la intervención en el territorio. En el inventario de voces se recogen, además de las de los políticos electos y los cargos técnicos, las de los vecinos, ya sea como individuos o como colectivos. El porqué de esta situación habrá que vincularlo a cierto divorcio entre los políticos y sus electores, ya que ha de suponerse que se elige a los representantes por la afinidad de los administrados con sus programas y no para, tras ser elegidos, comenzar a articular cómo defenderse de ellos y sus decisiones. Y si recayese en manos exclusivas de los políticos el diseño de la ciudad, suponiéndoles a los políticos su capacidad para ello sólo por el hecho de participar en las planchas electorales, no cabría duda de que el administrado debe aprender rápidamente a defenderse de la ciudad. Los electos deben plantearse seriamente que se pueden provocar procesos irreversibles en un territorio si antes no se racionaliza, midiendo los impactos y las zonas de incertidumbres que ocasionan determinadas acciones que no han sido suficientemente debatidas y

expuestas a un mayor campo de criterios, opiniones y estudios. No se establecen los criterios con una sola medida, con un solo pensamiento o idea. La ciudad no es la privada interpretación de un edil o un técnico, es un complejo entramado de intereses colectivos, donde cada casa es una célula viva que palpita vinculada a un entorno que ha sido provocado por la naturaleza, el tiempo y la historia. Lo ideal, contemplado sólo desde una perspectiva, puede resultar monstruoso. Y me voy a permitir acudir a la literatura con la finalidad de ilustrar este pensamiento. Se trata de un texto de Italo Calvino que puede encontrarse en su libro “Las ciudades invisibles”:

“Llamados a dictar las normas para la fundación de Perinzia, los astrónomos establecieron el lugar y el día según la posición de las estrellas, trazaron las líneas cruzadas de las calles principales orientadas una como el curso del sol y la otra como el eje en torno al cual giran los cielos, dividieron el mapa según las doce casas del zodíaco de manera que cada templo y cada barrio recibiese el justo influjo de las constelaciones oportunas, fijaron el punto de los muros donde se abrirían las puertas previendo que cada una encuadrase un eclipse de luna en los próximos mil años. Perinzia —aseguraron— reflejaría la armonía del firmamento; la razón de la naturaleza y la gracia de los dioses daría forma a los destinos de los habitantes.

Siguiendo con exactitud los cálculos de los astrónomos, fue edificada Perinzia; gentes diversas vinieron a poblarla; la primera generación de los nacidos en Perinzia empezó a crecer entre sus muros, y aquéllos a su vez llegaron a la edad de casarse y tener hijos.

En las calles y plazas de Perinzia hoy encuentras lisiados, enanos, jorobados, obesos, mujeres barbudas. Pero lo peor no se ve; gritos guturales suben desde los sótanos y los graneros, donde las familias esconden a los hijos de tres cabezas o seis piernas.

Los astrónomos de Perinzia se encuentran frente a una difícil opción: o admitir que todos sus cálculos están equivocados y sus cifras no consiguen describir el cielo, o revelar que el orden de los dioses es exactamente el que se refleja en la ciudad de los monstruos.”

Personalmente creo y me remito a lo que ya dije: lo ideal, desde una sola perspectiva puede ser monstruoso. De ahí asumo que la ciudad no la hacen los arquitectos, ni los estamentos religiosos, ni las mujeres y los hombres solos. La ciudad es un diseño paulatino del territorio, los sueños, ambiciones, intereses y esperanzas de un colectivo que se renueva cada segundo del día. De ahí la apariencia de que las ciudades se hacen solas, pues somos incapaces de medir los segundos que las pensamos. O puede que, como escribe Italo

*La ciudad es un
diseño
paulatino del
territorio, los
sueños,
ambiciones,
intereses y
esperanzas de
un colectivo
que se renueva
cada segundo
del día*

Hace escasamente cuarenta años teníamos una ciudad que constructivamente mostraba una línea armónica que, pese a su sobriedad, poseía un gran saldo identitario

Calvino, el orden de nuestros dioses se refleje en el Arrecife que hemos heredado. Visto lo cual tendremos que aprender lecciones de ateísmo o no dejar sólo en manos de los intérpretes del cielo la forma de nuestra ciudad.

Hace escasamente cuarenta años teníamos una ciudad que constructivamente mostraba una línea armónica que, pese a su sobriedad, poseía un gran saldo identitario. Si partiendo de ésta, con las adecuaciones sanitarias pertinentes, hubiéramos ampliado la zona habitacional nueva, sin derribar lo antiguo, evidentemente, sólo reestructurándolo para las actividades que requieren los distintos presentes, especialmente los comerciales, tendríamos hoy una ciudad de gran rentabilidad económica. Pero, me van a permitir el símil, nos hemos arrancados los dientes sanos para colocarnos una dentadura postiza. Y los dientes postizos son una solución dramática y última y, entre otras cosas, no transmiten información al cuerpo. De la misma manera, los desaciertos constructivos no se vinculan al territorio ni a la dinámica global de una ciudad.

El Arrecife de los años cuarenta y cincuenta de este siglo guardaba en su ampliación los nexos con el anterior Arrecife, fabricando una misma memoria y querencia. Así, una persona nacida en 1940-50 al alcanzar la madurez compartía la misma memoria del territorio edificado que otra persona nacida en 1912. No se trataba exclusivamente de un estatismo constructivo, ya que sí existen entre ambas fechas diferencias demográficas, por lo que se deduce que el proceso consistía en la inexistencia de abismos entre los modelos de edificación. Referencias que podemos encontrar ya fosilizadas en las fotografías, donde se puede observar cómo una calle guardaba el mismo ritmo constructivo aunque existieran diferencias de obras y tiempos.

Crecer desde el reposo parece ser la clave que evite la distorsión del paisaje constructivo y natural. No cabe duda de que cuando el crecimiento vegetativo queda relegado a un plano insignificante en el crecimiento demográfico de un pueblo, se están dando patrones de construcción demasiados rápidos que terminarán por instaurar un nuevo modelo de sociedad que deja a un lado una parte importante de la memoria y la cultura que emana de ésta, perdiéndose en el trance gran parte de la tradición y las costumbres. Como Arrecife nació y creció sin que se afianzaran o radicaran en su seno los espacios de congregación cultural o que, por lo menos, perduraran, y la mayoría de las sociedades existentes, que no son muchas, han perdido los patrones de enriquecimiento cultural, el último crecimen-

to o explosión demográfica campea sin canales de distribución de las claves que ayudan a entender y traducir este territorio. Por lo que hay que desgañitarse y encenderse de pasión para convencer coloquialmente a alguien acerca de cuáles pueden ser las más óptimas intervenciones para el beneficio de todos y, especialmente, del mismo territorio.

Póngase por ejemplo, la intervención en el puente naciente del Charco de San Ginés. En su obra se traiciona el sentido y utilidad del puente. Por lo visto habría que explicar que dicha obra tenía dos funciones: pasar por debajo y pasar por arriba. El puente tocado es el segundo, probablemente porque el primero con pasarela de madera no era suficientemente fuerte para el paso de transportes pesados. La obra reciente baja la cota del puente para transformarlo en una utilidad meramente peatonal y homologadora del plano horizontal de la obra global. Aquí se malentiende también el concepto de globalidad por el de unificación o uniformación. La globalidad no es como una partitura musical en cuya composición sólo existe una nota mantenida con el mismo tono, sino que busca elementos de luminosidad y atractivo. Para no darle más vueltas: la obra actual del puente es como de jardincito japonés y no respeta las armonías surgidas del movimiento del espacio y el uso. A una parte de la población la obra le parece un gran disparate, aunque se argumente que fue diseñada por Manrique, a otra parte de la población la cuestión no le interesa. Indagando cuál de las dos partes pudiera tener peso en la determinación, encontramos que la población que se opone y critica la obra es justamente la más afín al territorio, por naturaleza de nacimiento o por antigüedad de residencia. Sin embargo, no está, esta parte, negada a la intervención sino que aduce que pudiera haberse respetado la altura del puente, quitar la zona central de hormigón (pues ya no está destinada a soportar pesos importantes) y aligerarla (construida en madera) para aumentar la altura en el hueco, permitiendo de esta manera mejor entrada de las embarcaciones por su agua.

Los que alegan la defensa de este supuesto diseño de Manrique no se han parado a pensar más allá y habría que reclamarles la construcción de las compuertas que también habían sido pensadas por el artista, en detrimento de la biodiversidad del espacio que, con ellas, estaría condenado a convertirse en un estanque y perder su capacidad de comedero para la avifauna del entorno, perdiéndose también la belleza natural de los aspectos plásticos del Charco, resultado del flujo de las mareas. Por otro lado, y si sirve de infor-

Crecer desde el reposo parece ser la clave que evite la distorsión del paisaje constructivo y natural

mación, Manrique me comentó personalmente que lo ideal era hacer desaparecer la totalidad del puente y sus accesos, con lo que, siempre según él, se podría observar sin interrupción la totalidad de la lámina acuática. En su momento no compartí con él la idea y hoy sigo pensando de igual manera; además quitar el puente supone acudir a una teoría que contradice el uso lógico del espacio, pues a lo largo de la historia los caminos más cortos para llegar a un lugar han preponderado sobre los más largos que te conducen al mismo. Y la existencia del puente en cuestión no enturbia la belleza del espacio, por el contrario, hace que el paseante pueda involucrarse en ella y, anímicamente, disponer de una posición elevada convier- te al paseante en una presencia positiva, pues visualiza y comprende con mayor exactitud el espacio que debe proteger y su pertenencia al mismo.

*La población
que se opone y
critica la obra
del puente es
justamente la
más afín al
territorio*

Lo que es curioso es la facilidad y rapidez con la que se actúa en determinados casos y lo lento que resulta resolver otros, póngase por ejemplo el tiempo que se empleó para que el consistorio entendiera lo desafortunado de la ridícula línea de parterre que dividía hasta hace poco la calle Quiroga-Constitución, restando las posibilidades de amplitud para el paseo y actividad de la zona. Ya que estamos en este punto me gustaría plantear una pregunta: ¿le ha encontrado alguien alguna utilidad a la pérgola? La pregunta sobre la mezquina fuente no la planteo. Lo que me sorprende es que se haya preferido esa salida a la ofertada por parte de la ciudadanía acerca de una más generosa arbolación. Tengo otra pregunta: ¿han de ser infalibles los gobernantes? Si fuera así, no habría que convocar elecciones, sólo bastaría con que se conformaran en gremios sacerdotales de una religión que a través de su particular pentecostés los dote de una gracia divina indiscutible. Porque a estas alturas se empieza a sospechar que el mero hecho de ser elegidos, como ya dije a lo largo de estas palabras, sería suficiente para ser tocados por la gracia de los aciertos y los gobernantes que lleguen al poder posteriormente no juzgarán ni rectificarán los errores cometidos, pues, aunque sean de diferente ideología, temerán cometer apostasía y condenarse para siempre en su también particular infierno.

Cuando afirmo que los tiempos han cambiado lo hago por dos razones, la primera porque ha de ser así, pues de lo contrario estaríamos negándonos a una multitud de patrones de evidencia, desde el calendario hasta la percepción real de una sociedad distinta a la del pasado, y la segunda, porque pese al recio control que se sigue ejer-

ciendo desde determinadas clases (familias adineradas o secularmente colocadas en las esferas de poder) para evitar la incorporación de una amplitud de voces en la opinión y el establecimiento de nuevos criterios de intervención, necesitamos la oportunidad de esgrimir las herramientas que requieren las actuales situaciones.

Arrecife se mece entre una realidad, a veces lacerante, y una ficción que la deja convertida en paisaje pictórico en el que aparentemente no se puede intervenir. Los pinceles de la desidia están siempre prestos al trabajo. La paleta del abandono o de la incredulidad también cuelga cercana a la pintura. Y, pese, a que algunos experimentos han resultado beneficiosos al cuadro, no parece que empuje a, de una vez por todas, acometer las mejoras que hagan comulgar al espacio con la gente. Se tiene miedo a la intervención y se tiene miedo también a que las ideas no sean de la clase gobernante y su corte de asesores artísticos. Un pánico atroz a tener que aceptar las ideas de otros, aunque este *otros* no sea una sola persona sino la opinión de un colectivo. En esta Isla, para determinadas gentes, los colectivos tienen nombre y apellidos y prepondera más esta idea que los resultados que pudieran obtenerse de admitir las opiniones que tales colectivos expresan. Así se niega y se anula la buena capacidad transformadora de un grupo de voces, pues alguien, puntualmente, se ocupará de señalar con pelos y señales *quién* está detrás de ellas, sea cierto o no, sólo basta para la descalificación la interesada y urdida sospecha.

Los diferentes espacios públicos que conforman una ciudad no son *bienes nullius*, sino que definen a los vecinos como propietarios de los mismos, a la totalidad de los vecinos y no exclusivamente a los concejos representantes. Cuando los cargos públicos políticos no convocan a los vecinos para que éstos opinen y participen en la intervención del territorio y la ciudad se están vulnerando los derechos de la propiedad común y, lo que es peor, las conductas democráticas.

A finales de los años sesenta de este siglo Lanzarote inicia un proceso de remozamiento y reconstrucción en el que la participación de los lanzaroteños es crucial. Las ideas de Manrique, respecto a la edificación, son rápidamente asumidas y la arquitectura insular se manifiesta con un patrón constructivo que va a suponer la imagen de Lanzarote. Los bocetos de Manrique, basados en la arquitectura modular doméstica, son copiados en las autoconstrucciones y en las restauraciones de viviendas, homologándose de esta manera el paisaje habitacional de la Isla. Techos planos combinados con techos

Lo curioso es la facilidad y rapidez con la que se actúa en determinados casos y lo lento que resulta resolver otros

*Se tiene miedo
a la
intervención y
se tiene miedo
también a que
las ideas no
sean de la clase
gobernante y su
corte de
asesores
artísticos*

de dos y cuatro aguas, chimeneas, muros, aljibes, hornos, carpintería, color, entorno ajardinado, etc., son los elementos que pronto van a significar un ejemplo de equilibrio entre las obras y la naturaleza. La Isla comienza a ser elogiada por los visitantes y el modelo adquiere capacidad de exportación. Sin embargo, Arrecife siguió expuesta a la desaparición de sus señas porteñas edificativas. La revolución sólo ha afectado a los campos, a los espacios agrícolas y a los pequeños enclaves costeros que podían soportar la traslación hacia su suelo de la arquitectura de interior. El porqué de que Arrecife no fuera transformado de igual manera (basándose en su propia arquitectura de ciudad) no se ha logrado entender. Así nos encontramos que el nuevo modelo lanzaroteño no encuentra lugar en la capital, cuando curiosamente las antiguas casonas porteñas tenían muchas cosas en común con la arquitectura señorial del interior. Tampoco arraigaron otros modelos canarios, como el *neo-canario*, arquitectura proyectada por el Mando Económico (García Escámez) basada en los dibujos, pinturas y las pautas constructivas de Néstor Martín Fernández de la Torre (El Pueblo Canario, el Parador de Bandama, en Gran Canaria), en Lanzarote, entre otros ejemplos, el Parador de Arrecife; el Hospital Insular; la casa del médico de Haría; la casa del médico de Uga; la casa de don Bienvenido, en el Islote; la casa de D. Segundo Perdomo en la calle León y Castillo de Arrecife, la casa de D. Isidro López, en la calle Quiroga-Constitución y la plaza de la iglesia de San Ginés, La barriada del Carmen, estas tres últimas también en Arrecife.

En Arrecife la construcción del antiguo edificio del Cabildo se somete a lo que podríamos llamar la búsqueda de una referencia, y de hecho la obra siguió las pautas marcadas por los edificios de dos plantas que antes existían en la calle, tanto en cornisa como en ritmo, las mismas que se aplicarían a la ya mencionada casa de don Segundo Perdomo. Pero más tarde ya nadie buscaría las referencias constructivas, lo que va a suponer, junto con el derribo de las antiguas edificaciones, la desaparición casi total de los referentes arquitectónicos del viejo puerto.

Falta en Lanzarote un debate serio sobre si la arquitectura exportable de la Isla pudiera ser útil para el remozamiento y los criterios de intervención en Arrecife, no construyendo en la capital casas de campo, sino practicando la misma teoría que en manos de Manrique consistió en rediseñar una arquitectura basada en un modelo preexistente. Evidentemente nos enfrentaríamos a todo un proceso de investigación y estudio que, tal vez, podría aportarnos

vías o pautas practicables. Para ello debe darse salida a la experimentación, cuando el proceso investigativo nos aporte una maquetación válida. Sin embargo, no parece que esta idea quiera ser abordable, pues, sin manifestarme respecto al tan hablado proyecto del Islote del Francés, sí percibo que ni en este caso se tiene fe en las posibilidades de diseño basadas en la antigua arquitectura del Puerto del Arrecife y se prefiere (por lo menos claramente por parte de los inversores) importar arquitectura o formulaciones espaciales de Miami. Así tenemos, contradictoriamente, que la única isla de las Canarias que ha sido capaz de exportar su modelo constructivo tiene ahora que importar otro modelo para resolver una zona que en Arrecife es de una importancia crucial como zona intérprete de la totalidad de la ciudad. Respecto a esta obra se han escuchado diversos comentarios; me quedo con el de uno de los consejeros del Cabildo, que hizo el viaje a Miami invitado por los inversores para ver *in situ* el milagro, y que *grosso modo* venía a decir que debe consultarse a la población de Arrecife la conveniencia de esta obra, porque son las personas que viven en este territorio y las más afectadas por la intervención. Sin duda, un hermoso comentario pues entrega a manos de los ciudadanos la capacidad motora de supervisar y generar los cambios. Y una actitud democrática coherente, pues ninguno de los gobernantes en la campaña electoral había advertido o se había arrogado ninguna idea acerca de una intervención tan importante en el suelo municipal.

No hay dudas acerca de que cada día más los ciudadanos o los residentes en un territorio deben ser convocados para compartir las ideas y los proyectos que inciden en su hábitat. Sólo de esta manera se puede practicar la democracia y si bien es cierto que tal proceso ralentiza determinadas actuaciones, por lo menos los niveles de aciertos superarán a los de descontentos. Y comienza a tener sentido las convocatorias electorales.

Los ciudadanos, por otro lado, han de entender que sus ideas y sus opiniones tendrán que congregarse en torno a la mayor representación y el estudio de las posibilidades más acordes con el interés común, pues sólo así se puede entender el proceso, ya que una voz sola o parcial tiene el mismo sentido que la que se denuncia cuando ésta emana desde el poder establecido en el *negociado de intereses particulares y sospechosos* de las instituciones. Un ejemplo de esto último es el oscurantismo en torno al uso de la zona porteña de Arrecife, por parte de la Autoridad Portuaria, que no ve en ella sino la especulación, a nivel de agiotaje, de una zona que significa

Falta un debate serio sobre si la arquitectura exportable de la Isla pudiera ser útil para el remozamiento y los criterios de intervención en Arrecife

La Autoridad Portuaria se arroga el derecho a intervenir y diseñar el frente de la ciudad, alterando la forma natural del contorno marítimo, sin atender a las opiniones de los ciudadanos

para la ciudad la salvaguarda de su identidad marítima. La Autoridad Portuaria, tanto en la redacción del PEPA, como en la del PUPA (que por cierto tenía que haber sido anterior al PEPA, no reconociendo semejante falta), jamás atendió las opiniones y las alternativas de los colectivos de ciudadanos de Lanzarote, dejando inutilizada la exposición pública de los documentos, o sea: mostrando la más vil de las enmascaradas y exponiendo de esta forma su aptitud antidemocrática. El PEPA no se ajusta al PUPA, sino lo contrario, es decir: el carro delante de los bueyes. Es algo así como darle a un alumno las contestaciones correctas antes del cuestionario de examen. Sin entrar a valorar más allá de lo dicho tan rocambolesca aventura, los ciudadanos de Arrecife han de saber que esta agencia gubernamental está dispuesta a diseñar los espacios marítimos de Arrecife, especialmente el tramo desde el Islote del Francés hasta el Reducto, sin consultar o tener en cuenta la opinión de los residentes, definiendo como muelle hasta el parque de las islas Canarias, o sea entrando a diseñar hasta el firme de la ciudad. Esta zona, la mencionan como “Área de oportunidades puerto/ciudad, con bolsas de suelo localizadas tanto en el interior como contiguas a las zonas de servicio, o susceptibles de creación mediante relleno para fines hosteleros, comerciales y de ocio”. Es decir: la Autoridad Portuaria se arroga el derecho a intervenir y diseñar el frente de la ciudad, alterando la forma natural del contorno marítimo, sin atender a las opiniones de los ciudadanos. Mayor ejemplo de oscuridad será difícil de encontrar. Y es lamentable que estos patrones de comportamientos sucedan en la Isla, más ahora que la población comienza a creer en la viabilidad de la participación colectiva en el futuro de la ciudad. La Autoridad Portuaria debe entender que no sólo se está jugando la honestidad de su gestión, sino que llega más allá: se está jugando la credibilidad democrática de todo el ente gubernativo canario.

En definitiva, parece que navegamos entre dos mares. Por un lado tendemos a creer que cada vez más las acciones ciudadanas son tenidas en cuenta a la hora de intervenir en los espacios y, por otro, el carnaval de alegorías democráticas es celebrado impunemente cada vez que se tiene ocasión para ello. Algo no funciona bien, “algo huele a podrido en Dinamarca”, diría ilustrativamente Shakespeare.